

RETIRO DE FRATERNIDAD

Con el corazón y la mente vueltos al Señor



ORAR CON LITURGIA DE LAS HORAS

Introducción. Una mirada a las Fuentes Franciscanas:

Los primeros biógrafos de Francisco ponen de relieve su firme voluntad de recitar devotamente las horas canónicas, incluso cuando estaba enfermo o de viaje, refiriendo uno de sus dichos: *«Si el cuerpo toma tranquilamente su alimento, que más tarde, a una con él, se convertirá en pasto de gusanos, con cuánta paz y calma debe tomar el alma su alimento que es su Dios»* (2Cel 96).

En sus *Escritos*, Francisco ratifica también su voluntad de ser fiel a la Liturgia de las Horas, pidiendo perdón por las veces que no ha recitado bien el oficio y exhorta a sus hermanos a *«decir el oficio con devoción en la presencia de Dios, no poniendo su atención en la melodía de la voz, sino en la consonancia del alma, de manera que la voz sintonice con el alma, y el alma sintonice con Dios, para que puedan hacer propicio a Dios por la pureza del corazón y no busquen halagar los oídos del pueblo por la sensualidad de la voz»* (CtaO 41-42).

También en el *Testamento*, Francisco confirma su voluntad en este sentido: *«Y, aunque soy simple y enfermo, quiero, sin embargo, tener siempre un clérigo que me recite el oficio como se contiene en la Regla»* (Test 29).

Francisco señala un vínculo estrecho entre decir el oficio y ser católicos, hasta el punto de amonestar severamente a cualquiera que quisiese variar el oficio: éste debe ser tratado como un hereje, como uno que opta por no ser católico (cf. Test 30-31; CtaO 44).

Estas preocupaciones de Francisco deben situarse ciertamente en el contexto de su tiempo, con todos los problemas de las herejías de la época, pero tal vez pueden sugerirnos una reflexión sobre el sentido eclesial de la Liturgia de las Horas, oración que, más que cualquiera otra, expresa el vínculo con la Iglesia. Cuando celebramos la Liturgia de las Horas entramos en relación verdadera e invisible con la Iglesia entera, en la comunión de los santos; nuestra oración se extiende a los confines del mundo llegando, así, a ser verdaderamente «católica», es decir, universal.

Sugerencias para la lectura:

RnB 3,3; RB 3,1-4; CtaO 41-42; OfP; LM 10,6; 2Cel 197.

Vivir desde la admiración y la alabanza

La Liturgia de las Horas, que ocupa un lugar central dentro de la estructura y del horario de nuestra fraternidad, es auténtica escuela y alimento de nuestra fe. Su estructura -himnos, salmos, cánticos, lecturas, preces, oraciones...-, nos ayuda a establecer un verdadero diálogo con Dios, que nos ayuda a ver cada vez más las cosas, las personas y los acontecimientos con una mirada semejante a la suya. Y es que, a través de la Liturgia de las Horas reorientamos cotidianamente nuestro trabajo y toda nuestra existencia según la voluntad de Dios.

A veces este encuentro con Dios nos llega en momentos de alegría. Otras, de tristeza, soledad o angustia. Si creemos lo que decimos, todo ello se convierte en oración, o sea en diálogo interpersonal con Dios. A lo largo de la jornada iremos entrelazando nuestras experiencias personales con oraciones de tono diverso:

- “En mi angustia te busco, Señor mío”,
- “tú eres mi Dios, por tí madrugo”,
- “como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío”,
- “caminaré en presencia del Señor”,
- “alma mía, recobra tu calma”,
- “Señor, tú me sondeas y me conoces”,
- “bendice, alma mía al Señor”,
- “misericordia, mi Dios, por tu bondad”,
- “Dios mío, peña mía, refugio mío, Dios mío”,
- “toda mi vida te bendeciré”...

A quienes caminamos siguiendo a Jesucristo en la vida religiosa, esta oración nos va convenciendo, además, de que, si es importante lo que nosotros hacemos a lo largo de la jornada y de la vida, mucho más importante es lo que Dios va haciendo a través nuestro. Experimentamos la verdad de la palabra de Jesús: **“sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5)**. No oramos solos. No somos los protagonistas de nuestra oración. Es Cristo Jesús el que, desde su existencia gloriosa, ora hoy al Padre, le alaba, le pide, le implora... Y nosotros, movidos por su Espíritu, nos unimos a Él y, como miembros de su cuerpo que somos, le prestamos nuestra voz. Como nos uniremos a Él en todas las demás actividades de la vida fraterna y de nuestra misión evangelizadora.

Para sostener una vida espiritual sana es muy importante tener clara conciencia de que la Alabanza de las Horas no es, fundamentalmente, obra nuestra, sino actuación de Cristo y su Espíritu, a la que nos sumamos nosotros como Cuerpo suyo que somos. Nuestra atención y todos los medios pedagógicos que empleemos para que la oración sea viva, lo que hacen es ayudarnos a entrar en este encuentro profundo con Dios a través de Jesucristo en la fuerza de su Espíritu.

La Liturgia de las Horas nos hace entender y vivir nuestra historia como historia de salvación, o sea, como historia de un Dios que nos salva en nuestro propio tiempo. Vivir desde Dios la jornada, envueltos en su amor, es la actitud a la que paulatinamente nos va conduciendo una celebración serena y atenta de la Liturgia de las Horas.

La Liturgia de las Horas es una excelente pedagoga que nos educa también a otra actitud profundamente humana y cristiana: la actitud de la alabanza. Alabar es más que *“dar gracias”*, aunque también la gratitud es actitud profundamente humana y cristiana. Pero alabar es más *“gratuito”* que la acción de gracias. Cuando alabamos nos fijamos más en la persona que en los favores recibidos de ella. Dedicar tiempo a alabar a Dios, sobre todo con la poesía de los himnos y los salmos, y con el canto es signo de profunda sensibilidad espiritual. No siempre que nos reunimos es para estudiar y aprender, o para revisar nuestro proyecto comunitario, o para resolver problemas y tomar decisiones. Es necesario que nos reunamos para **“perder el tiempo junto a Dios”**, para **“gastar tiempo con Él”**, para entonar gratuitamente cantos de alabanza a su Gloria.

Alabar es ben-decir, decir bien. **“Bendice, alma mía, al Señor”; “cantad al Señor un cántico nuevo”**. Esto comporta para el cristiano una capacidad fundamental: recordar que estamos sumergidos continuamente en el amor de Dios y en su actuación salvadora, y responderle ante todo con nuestra alabanza. Con eso que se llama el *“sacrificio de alabanza”* (sacrificium laudis), porque alabar supone siempre un sacrificio. Un salir de uno mismo para reconocer en el otro (sobre todo en el Otro, con mayúsculas) lo bueno y lo hermoso que hay en él y en las obras de sus manos.

Esto es lo que más ejercitamos en la Liturgia de las Horas. Con la particularidad de que esta oración de alabanza, que va acompañada también de la de petición y protesta, tendría que impregnar profundamente el resto de la jornada. Los salmos e himnos de alabanza están pensados también para que tiñan de optimismo nuestro horario. ¿Cómo podemos sentirnos tristes y abatidos o dejarnos llevar por el pesimismo, si en nuestra oración hemos sintonizado con los salmos de alegría y los himnos que hemos proclamado? ¿Cómo podemos no bendecir al prójimo -empezando por los hermanos de la propia fraternidad-, si tan fácilmente hemos bendecido a Dios y hemos mirado con ojos positivos la historia y el mundo?

La alabanza de las Horas nos da un tono *“eucarístico”*, o sea, de acción de gracias y de bendición, que nos ayuda a prolongar durante toda la jornada la alabanza primordial de la Eucaristía. Nos ayuda a sentir a lo largo de nuestras actividades un talante optimista, que no es hijo de la superficialidad o de la ingenua ignorancia de las dificultades de la vida. Cantar es cosa de amor (*“cantare amantis est”*, decía san Agustín), y el amor sabe de alabanza, aunque también sepa de dificultades y de sacrificios.

Serenidad en medio de las prisas

En medio de un ritmo de vida frecuentemente agobiante por las múltiples tareas que llevamos entre manos, la celebración serena y reposada de la Liturgia de las Horas constituye un remanso que nos hace mucho bien; además de que nos hace falta para el equilibrio psicológico, físico y espiritual. En esta oración descendemos a nuestro yo guiados por el Espíritu, y allí encontramos a Dios que nos habla y al que dirigimos nuestra oración. Esta oración nos invita a acrecentar nuestra conciencia de ser discípulos y oyentes (no sólo la de ser “maestros y doctores”). Es un paréntesis cotidiano que nos permite profundizar en nuestra identidad humana, cristiana y franciscana. Hoy más que nunca necesitamos encontrar y potenciar espacios y tiempos para “lo gratuito”.

Potenciar la dimensión contemplativa de nuestra vida, no es una invitación a la pereza o al escapismo, es una llamada a mantener el equilibrio interior y la armonía personal, apoyando la existencia sobre un centro que unifique toda la vida, concretada en el devenir de cada jornada.

Más universales y objetivos

La Liturgia de las Horas es una oración personal, pero abierta al mundo, a la Iglesia a la historia de la salvación que Dios lleva adelante, siguiendo unos libros que son universales para toda la comunidad. No sólo es “mi oración”. Es “nuestra oración”, la de la Iglesia y la de la Humanidad; todos unidos a Cristo.

Pero es que, además, nos hace orar con un tono más objetivo. No es que nuestra oración no tenga que ser personal, respondiendo en todo momento a nuestra experiencia propia y a nuestro momento vital; pero no tendría que caer en un excesivo subjetivismo. La Liturgia de las Horas nos ayuda a salvar este escollo: los salmos del día, los himnos, las lecturas breves, las preces... no responden a nuestra elección, no siguen nuestro estado de ánimo optimista o pesimista, no se atienen a nuestro momento espiritual, consolado o desolado, sino que nos ponen en sintonía con otras claves, más eclesiales y generales. Como sucede con la lectura continuada de la Palabra bíblica en la Eucaristía, nos hace mucho bien el que no vayamos eligiendo los textos “que nos apetecen”, sino los que “tocan”, dejando la iniciativa a Dios..

¿Oración alienante? La pedagogía de la norma

Sigue habiendo entre nosotros, hermanos que miran con suspicacia el rezo de la Liturgia de las Horas como si fuese alienante. Nada más lejos de la realidad; precisamente esta oración quiere ser el motor de nuestra actividad y de nuestro empeño misionero: **“Las lecturas y oraciones de la Liturgia de las Horas constituyen un manantial de vida cristiana... Pues sólo el Señor, sin el cual nada podemos hacer y a quien acudimos con nuestros ruegos, puede dar a nuestras obras la eficacia y el incremento” (IGLH 18). “En la Liturgia de las Horas deberán (quienes la celebran y especialmente los ministros ordenados) nutrir y alentar la acción pastoral y misional, con la abundancia de la contemplación, para gozo de toda la Iglesia de Dios” (IGLH 28).**

En la Liturgia de las Horas no olvidamos ni nuestra historia ni las personas a las que dedicamos luego nuestro esfuerzo evangelizador; todo queda unificado y englobado en este momento privilegiado que es la oración eclesial, en el que recibimos luz y fuerza para unirnos más estrechamente a Cristo que, además de orantes, es el Salvador y Liberador de la Humanidad. En este sentido la Liturgia de las Horas debe ser, junto con la Eucaristía -que es la gran oración de la Iglesia-, el factor que dé cohesión y unidad a nuestra jornada.

En un concierto, antes de empezar la primera pieza, el “concertino”, el primer violín, da el tono a los demás músicos, les da el “la”, para que afinen sus instrumentos. Podríamos decir que la Liturgia de las Horas nos da el “la” para que luego todas nuestras actividades, más aún, toda nuestra vida, esté afinada, en sintonía con la actitud salvadora de Cristo, a quien nos unimos tanto en la oración como en el apostolado.

Podría parecer también que la norma, o sea, la estructura ya fijada de la Liturgia de las Horas, y sobre todo su “obligatoriedad”, son un obstáculo para vivir una espiritualidad gozosa. Y no es así. El ritmo diario educa el amor. La perseverancia y la fidelidad son actitudes que pueden expresar bien nuestro compromiso de cara a Dios, de cara a nuestros hermanos de fraternidad y de cara a nuestro compromiso apostólico, y no ser siempre señal de un formalismo rutinario o farisaico. Pasa como con el amor, la amistad o la vida familiar: son realidades que tienen mucho de perseverancia y ritmo constante, de detalles y de ritualidad, de sentido del deber. El amor o el ideal piden perseverancia y compromiso.

La norma y el sentido del deber no son siempre una mordaza: pueden ser sencillamente **el marco de una convicción**. En este caso, el que cada mañana inauguraremos juntos la jornada alabando y suplicando a Dios, no es rutina ni juridicismo: **es amor**. Y a la vez, una ayuda a nuestra debilidad, porque a veces podemos sentir la tentación de dar a nuestra oración el ritmo de nuestro estado de ánimo.

Ahora bien, la norma, la conciencia del deber y la fidelidad a un rezo, deben ir unidas a la autenticidad. Los antiguos pedían que en nuestra oración de las Horas **“la mente concordase con la voz”**, que lo interior esté en sintonía con lo que nuestra voz o nuestro canto dicen. Que sea oración personal, viva, desde nuestra existencia, y no meramente un recitar líneas de un libro, por sagradas que éstas sean. No se trata de una mecánica o una cantidad de versículos o de salmos, sino de un encuentro gozoso con Dios, en medio de nuestra jornada, unidos a Cristo que aquí y ahora, como Señor Glorioso, ora con nosotros y por nosotros (cf. OGLH 104, 202, 270).

La Liturgia de las Horas, oración de la fraternidad

En el art. 23, las CC.GG. recuerdan a los hermanos que la Liturgia de las Horas no es una realidad optativa o meramente accidental:

§1 Celebren los hermanos la Liturgia de las Horas conforme al mandato de la Regla, de modo que el curso entero del día y de la noche sea consagrado por la alabanza a Dios.

§2 Allí donde los hermanos conviven o dondequiera que se reúnen, sea la Liturgia de las Horas su oración común, y de ordinario téngase en comunidad, salva la libertad de los hermanos de rezar el Oficio de los «Padrenuestros» conforme a la Regla.

§3 La celebración comunitaria de la Liturgia de las Horas no va aneja a un determinado lugar sino a la fraternidad. Sin embargo, prefírase la Iglesia u oratorio, tanto por ser lugar sagrado como porque allí el pueblo de Dios puede participar con mayor facilidad en la oración de los hermanos.

Para una fraternidad de hermanos menores el momento la celebración comunitaria de la Liturgia de las Horas constituye uno de los momentos más expresivos de toda la jornada y una de las expresiones más bellas de nuestra consagración a Dios.

La vocación “religiosa” que hemos recibido dentro de la Iglesia justifica que hayamos recibido de ella un especial encargo de ser **“comunidad orante”**. Una primera motivación para este encargo oficial es nuestro carácter de *signos dentro de la comunidad eclesial*.

El Concilio Vaticano II se define la identidad de los religiosos como la de **“manifestar ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo... testimoniar la vida nueva y eterna... prefigurar la futura resurrección y la gloria del reino celestial”** (LG 44). La Introducción general a la Liturgia de las Horas, concreta esto diciendo: **“las comunidades de canónigos, monjes, monjas y demás religiosos que, por sus reglas o constituciones, celebran la Liturgia de las Horas en su totalidad o en parte... representan de modo especial a la iglesia orante: expresan más plenamente el modelo de la Iglesia, que alaba incesantemente al Señor con armoniosa voz”** (IGLH 24).

No se entiende una comunidad de personas consagradas a Dios sin que sea una comunidad orante, como una fotografía en pequeño de lo que es y quiere ser toda la Iglesia: abierta a Dios y a su Palabra, dedicada a la caridad, pero también a la alabanza de Dios y a la intercesión orante por todo el mundo. Una fraternidad de hermanos menores es como una Iglesia en pequeño: fraterna, misionera, llena de esperanza, liberada y liberadora; pero también una comunidad orante, más intensa y significativamente orante, en particular con la Liturgia de las Horas, aunque también se cultiven otras modalidades de oración tanto personal como comunitaria.

Fermento de la comunidad eclesial

Los religiosos, además de **“signo”** dentro del gran **“signo”** que es la Iglesia, somos también fermento dentro de ella y para todo el mundo. Somos fermento en cuanto que colaboramos con nuestra vida y nuestro trabajo a la edificación de la Iglesia y al cumplimiento de la múltiple misión evangelizadora que la comunidad cristiana tiene que desarrollar en el mundo. El Concilio afirma con rotundidad que los religiosos se esfuerzan en **“extraer de la gracia bautismal un fruto más copioso, y pretenden liberarse de los impedimentos que podrían apartarles del fervor de la caridad y de la perfección del culto divino”**, y así su vida tiene una particular eficacia dentro de la comunidad: es **“un símbolo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana”** (LG 44).

Los religiosos **“cumplen con el deber de trabajar, principalmente con la oración, en la edificación e incremento de todo el cuerpo místico de Cristo y por el bien de las iglesias particulares” (IGLH 24)**. Según esto, los hermanos menores no somos un oasis aislado dentro del *“desierto del mundo”*. Nuestra forma de vida evangélica y dentro de ella la dimensión orante deben estar abiertas a la gran comunidad que es la Iglesia. Lo ideal es que cada una de nuestras fraternidades llegue a ser *“Escuela de oración”*, ofreciendo a los seglares la posibilidad de participar en ritmo de oración. El objetivo sería conseguir que los laicos acudan a la celebración comunitaria de la Liturgia de las Horas como acuden a la celebración de la Eucaristía (cf. IGLH 26).

Alimento para la una vida en el Espíritu.

Quienes celebramos cotidianamente la Liturgia de las Horas hemos experimentado, sin duda, cómo esta oración, no sólo es coherente con nuestra identidad de hermanos menores, sino que resulta además enormemente enriquecedora y beneficiosa para nuestra vida espiritual personal y comunitaria.

► Ante todo, nos educa progresivamente a dar, de hecho, **la primacía a Dios**, dedicándole a lo largo de las horas de la jornada nuestra oración y nuestra alabanza. La Liturgia de las Horas nos descentra de nosotros mismos y de nuestras actividades para centrarnos en Dios, dándole el protagonismo que sólo Él se merece. Nos une, además, a Cristo en su alabanza, en su intercesión por el mundo. Orando como Cristo y con Cristo, haciendo nuestros los sentimientos con que oraba Cristo Jesús (cf. IGLH 19), los hermanos menores nos abrimos a Dios y a su plan de salvación, recibimos su gracia, le rendimos nuestro culto de alabanza, (*“sacrificium laudis”*) que se prolonga a lo largo de toda la jornada.

► Esta oración es la que más nos ayuda, además, a **vivir el tiempo como historia de salvación**, cristianizando, por así decirlo, la historia que vivimos, dando a toda la jornada un tono de celebración, haciendo del tiempo un lugar de la presencia de Dios, ofreciendo al Señor, junto con nuestra existencia entera, la alabanza explícita por su obrar *en y por* nosotros. Si la Liturgia de las Horas **“tiene como característica propia la de santificar el curso entero del día y de la noche (IGLH 10.11)**, tal vez seamos los religiosos los que mejor podemos apreciar, con nuestra celebración fiel y diaria, los frutos de una oración que da un sentido tan pleno a lo que hacemos y vivimos.

► La Liturgia de las Horas se convierte así en un **motor espiritual de toda la misión**. Todo lo que hacemos en el terreno de las relaciones fraternas, de las tareas dentro de la comunidad o del trabajo apostólico y misionero, recibe su fuerza y su luz de esta oración matutina y vespertina, y de la que se intercala dentro de la actividad cotidiana o la concluye al final del día. Junto con la Eucaristía, la Liturgia de las Horas es el motor de la vida y acción de los religiosos; es el dinamizador de cada una de nuestras jornadas (cf. IGLH 17, 18, 27, 28).

En la oración nos abrimos explícitamente a Dios, pero sin cerrarnos a los demás. En el trabajo nos abrimos explícitamente a los demás, sea dentro o fuera de la comunidad, pero sin cerrarnos a Dios. Una y otro se complementan, tienen los mismos polos de atención y de intención. Precisamente porque en momentos concretos de la jornada hablamos a Dios en segunda persona, en vocativo, podemos en otros, a lo largo de la jornada, hablar en tercera persona de Él, anunciando su amor y su cercanía a los demás, empezando por los hermanos de la propia fraternidad.

► La Liturgia de las Horas es así, para nosotros, **fuentes de gozo y de espiritualidad**. Una experiencia diaria de encuentro con Dios y de alabanza vivida en fraternidad no puede dejar de infundir alegría y aire fresco al conjunto de toda la existencia, ilusión para las tareas diarias, paz y serenidad, equilibrio y esperanza dentro de las varias vicisitudes de la propia historia personal y comunitaria.

Invitación a celebrar bien

También nosotros sentimos, las dificultades que nuestros contemporáneos encuentran para la oración, en medio de una sociedad en la que se respira un aire profundamente secularista y secularizado, que no invita precisamente a dar la primacía a los valores trascendentes, entre ellos a la oración. Por eso necesitamos hoy motivaciones y convicciones más profundas que en el pasado para ser fieles a la oración personal y comunitaria, y en particular a esta oración oficial que la Iglesia nos encomienda.

Sabemos bien cómo nos arrastra la actividad, que en no pocas ocasiones se convierte en activismo, el ritmo a veces frenético del trabajo y de una jornada llena de actividades, algunas de ellas coincidentes en su horario con la celebración de la Liturgia de las Horas. Se necesita valentía para que una fraternidad encuentre y dedique a la oración los momentos y tiempos más oportunos, los mejores de la jornada, y para que cada uno de los hermanos les sea fiel.

Es deseable que en cada fraternidad exista un **“Responsable de Liturgia”** -siempre los mismos o distinto, siguiendo turnos- que se encargue de dinamizar la dimensión litúrgica y oracional de la fraternidad: cuidar el repertorio de los cantos, las moniciones, el modo de rezar salmos concretos... Todo con el fin de que el conjunto de los hermanos pueda orar mejor y con mayor autenticidad. La Liturgia de las Horas puede considerarse como un termómetro expresivo de la vida de una comunidad religiosa; ojalá de todas se pudiera decir al ver cómo la celebran, que su oración es un **“verdadero testimonio de la vida pujante” (IGLH 273)** que las anima; y una celebración de la Liturgia de las Horas, bien preparada y bien celebrada, contribuye grandemente a purificar las intenciones, a clarificar los propios planes a la luz de los planes de Dios, a discernir los caminos, para seguir viendo a Cristo en la persona de todos los que encontraremos a lo largo de la jornada.

Para la reflexión personal

- ¿Cómo es posible valorizar la cotidianidad de la Liturgia de las Horas? Muchas veces se piensa que el hecho de celebrar todos los días, más o menos de la misma manera, sea un obstáculo para una oración viva y participada; ¿pero es realmente así? En vez de un obstáculo, ¿no podríamos considerarla como una oportunidad, como un desafío?, ¿no sería posible percibir valores en esta cotidianidad?
- ¿Logro hacer «mía» la palabra bíblico-litúrgica de la Liturgia de las Horas? ¿Qué oración es también mi oración? ¿Cuáles son las dificultades, cuáles las ventajas?
- ¿Qué diferencia encuentro entre «decir el Oficio» y «celebrar la Liturgia de las Horas»? ¿Qué quiere decir «celebrar»?
- ¿Existe una dimensión evangelizadora de nuestra oración litúrgica? ¿La celebración de la Liturgia de las Horas presta alguna ayuda a nuestra misión de evangelización?
- Una buena celebración de la Liturgia de las Horas exige que alguien la prepare y se preocupe previamente; ¿quién puede ejercer este humilde pero importante servicio?; ¿estoy dispuesto yo a asumir esta tarea?

Sugerencias prácticas para la fraternidad

- 1 – Revisar el horario de la oración común de la fraternidad atendiendo a dos criterios:
 - ¿es el más conveniente para todos los miembros de la fraternidad?;
 - ¿es coherente con el contexto en que vive la fraternidad: parroquia, colegio, santuario... Estudiar la posibilidad de prever un horario más adecuado tanto para los hermanos como para la participación de los laicos
- 2 – Releer, individualmente o en común, los *Principios y Normas de la Liturgia de las Horas* – IGLH- (están al inicio del tomo I del Breviario), que ofrecen una síntesis teológica densa y profunda sobre el significado cristiano de la Liturgia de las Horas.
- 3 – Ver la conveniencia de servirse de un texto accesible y útil con comentarios sobre los salmos, que ayude sobre todo para el uso litúrgico.
- 4 – Tratar de componer algunas oraciones de intercesión para Laudes y Vísperas, que tenga en cuenta el contexto en el que vive nuestra fraternidad.
- 5 – Ver si es posible y sensato insertar algunas oraciones de san Francisco en los textos de la Liturgia de las Horas.